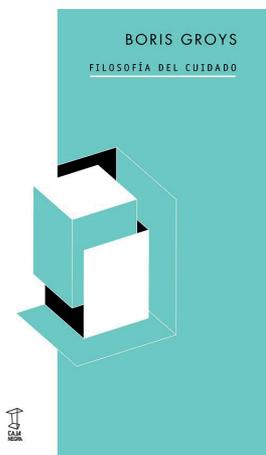


Filosofía del Cuidado

BORIS GROYS.

Buenos Aires, Caja Negra, 2022, 134 págs.



La vivencia conjunta de la pandemia que agitó como nunca las bases del mundo contemporáneo, dota al sujeto de nuestros días de una conciencia mayor de la fragilidad de la existencia y de la amenaza constante de la finitud, la enfermedad y la muerte. Generando, así, que, en la preocupación por la preservación del sí-mismo -por la autoconservación como el instinto humano de supervivencia-, adquiera una relevancia y vigencia capital una cuestión que ya llevaba un tiempo siendo reivindicada -sobre todo entre las reclamas del feminismo-: la cuestión del cuidado. Entendiendo el cuidado como el medio de preservación de la vida humana en sociedad, esto nos lleva de manera inmediata a la pregunta por la prevalencia del cuidado institucional o del cuidado de sí; lo que sería, en términos de filosofía política, la esencial pregunta por la legitimidad política en el conflicto clásico entre autoridad y libertad. ¿Deberían ser nuestros cuerpos objeto de cuidado de un organismo institucional que lo administra en función de sus necesidades o debe prevalecer la autonomía sobre mi mente y mi cuerpo?

Entre estas preguntas, Boris Groys nos ofrece en su obra *“Filosofía del Cuidado”* un estudio en torno al cuidado como “la forma de trabajo más extendida” (pág.9) de nuestra época a partir de un prisma foucaultiano que estudia el Estado biopolítico en un recorrido por la noción de cuidado a lo largo de la historia del pensamiento y su incesante conflicto entre la prevalencia del cuidado o del cuidado de sí. En última instancia, se trata del traslado, en el proceso moderno de secularización, de la religión a la medicina como aquella disciplina que procura ya no el cuidado de las almas sino el de los cuerpos mismos, como la materia a preservar. Pero Groys apunta a cómo el cuidado de los cuerpos ya no es el cuidado de la carne en exclusiva sino, a su vez, el cuidado institucional de los *cuerpos simbólicos*, como este gran sistema de vigilancia que procura preservar no sólo la salud de los individuos sino su propio registro en el tiempo.

Boris Groys es un filósofo, teórico y crítico de arte alemán que, desde luego, incluirá en esta obra en torno al cuidado cuestiones relativas a la estética y la vinculación del arte con la sociedad, realizando un paralelismo último entre la vida y el arte. Además de sus elaboraciones teóricas en obras como *“Arte en flujo”* o *“Introducción a la antifilosofía”* también presenta propuestas a nivel artístico-prácticas, como la expuesta en La Virreina Centre de la Imatge en Barcelona bajo el nombre “Pensando en bucle”, donde se presenta como productor artístico de diversos videocollages y performances.

Groys se dedica, como decíamos, a realizar un estudio de la historia de la filosofía a partir del concepto de cuidado como un elemento vertebrador del pensamiento sobre el que de una forma u otra las grandes elaboraciones del pensamiento han construido sus preocupaciones. Comienza desde la filosofía socrática como la búsqueda del alejarse de ser objeto de cuidado basado en una desconfianza al exterior y una vuelta al interior del sí-mismo como el lugar desde el que *parir* la verdad y convertirse en sujeto de cuidado de sí. La Iglesia cristiana y el cartesianismo trasladan durante el inicio de la modernidad el cuidado de sí a algo subordinado al cuidado institucional, pero es con Hegel cuando la muerte se convierte en el amo absoluto del Estado moderno en el Estado posthistórico tras la experiencia del Terror revolucionario, como obra propia de la libertad absoluta. Queda, entonces, la salud y el cuidado total como el único y último objetivo del Estado, en un ejercicio de domesticación de la existencia para evitar que la muerte se extienda a manos de los individuos hasta triunfar sobre la vida.

Pero en el objetivo del Estado biopolítico de preservación de la salud de los individuos, sale a relucir su reverso paradójico en denuncias como las nietzscheanas de estar creando y manteniendo seres enfermos, como los producidos a manos de la moral cristiana. El deseo de Nietzsche será entonces el de la *gran salud*, el de

alejarse de la enfermedad impuesta y poder convertirse en alguien sano a través de una salud agresiva y explosiva a modo de *dinamita* que coloca la voluntad de poder como esta nueva forma de cuidado de sí rechazando estas formas de cuidado social que, como bien apunta Groys, corresponderá al inicio de una ideología de exigencia constante de creatividad, de supervivencia en lo extraordinario frente al proceso de enfermización del Estado.

Groys analiza ahora la formulación de Kojève de la historia como lucha por el reconocimiento en una trasposición nietzscheana de la dialéctica hegeliana del amo y el esclavo, llegando a un fin de la historia con un amo trabajador, al cual Groys ha calificado como “*el sabio cuidador*”, pues finaliza la lucha e inicia una pospolítica que, superando la oposición, se dedicará al cuidado. Pero el traspaso de Kojève de la teoría hegeliana pasa necesariamente por Marx, que replantea la cuestión del cuidado institucional en términos opuestos entre el cuidado del ser humano como máquina -sano cuando es funcional- y del ser humano como animal. En el cuidado del humano, los deseos animales serán entonces un obstáculo para el cuidado de la máquina siendo por tanto el cuidado de sí algo esencialmente contradictorio al sistema de cuidado de los trabajadores. Ante esta subordinación del deseo a la renovación de energía enfocada al trabajo, a la funcionalidad, Bataille responde con la búsqueda de un reducto en el deseo y en la desfuncionalidad -en ese exceso de energía no absorbible por el trabajo-, en una búsqueda de nuevo de esta gran salud en contra del sistema de cuidado, una autoafirmación creativa y autodestructiva que reafirma el cuidado de sí.

En este punto, Groys introduce la reflexión estética sobre la sociedad del espectáculo de Debord a partir de una relectura de lo sagrado y lo profano en Caillois; señalando cómo el espectáculo es el lugar que mantiene el momento de lo sagrado en la profana sociedad del trabajo, generando una posición placentera para el espectador pasivo que escapa por un momento del orden del trabajo. Esta ideología de la creatividad que relata Groys surge como reacción a la racionalización burguesa del mundo y del tiempo, pero acaba siendo absorbida por la propia sociedad burguesa en forma de la ideología de consumo que, en relación con el arte, es “la justificación de su destrucción”. (pág.86)

Como filosofía dedicada de manera central a la noción de cuidado (*Sorge*), es inevitable que Groys le dedique un capítulo a Martin Heidegger, como aquel cuya filosofía gira en torno a un rechazo a la actitud natural que coloca al hombre como una cosa más contrapuesta siempre al mundo objetual y una reclama del estar-en-el-mundo con una mediación constante del cuidado. Pero Heidegger también es muy relevante para Groys por el lugar del arte en su obra como desocultamiento del ser.

Este desvelamiento, Groys lo atribuye en especial a la vanguardia como el lugar que expande la cuestión del cuidado a la concepción de la obra de arte como algo en sí mismo que contiene su propia razón de ser sin necesidad de re-presentar algo del mundo, convirtiéndose en objetos de cuidado en el museo. Cuando se le dota de una cualidad artística pasa de ser un objeto del mundo, un ser-a-la-mano en términos heideggerianos, a un objeto de cuidado que se incluye en el sistema; de la misma forma que cuando un cuerpo humano se vuelve disfuncional para el trabajo, su cuerpo es trasladado al lugar de cuidado de las vidas humanas: el hospital donde pasa de instrumento a objeto de cuidado. En esta vinculación de la vida y el arte, se señala como cúlmen el proyecto de Fyodorov de *la tarea común*; aquella que concebía el arte como la técnica de preservación de la inmortalidad de los cuerpos humanos en un proyecto de biopoder absoluto que resultaría en el Estado como un museo universal. Sin embargo, Groys señala, cómo una muestra de que nuestra existencia es más valiosa que el trabajo, cómo el sistema de cuidado como muestra del deseo de autoconservación de la especie trasciende al del trabajo cuando, por ejemplo, los cuerpos que nunca trabajan están, aun así, cubiertos por un sistema mayor de cuidado.

Recoge las ideas de Hannah Arendt en relación a la labor entendida como el trabajo improductivo del cuidado valorado inferiormente al trabajo productivo, señalando como este es productor de la fuerza de trabajo necesaria para la producción. Pero un elemento del análisis de Arendt que hoy ha perdido su vigencia es que señalaba como las funciones fisiológicas seguían siendo privadas cosa que hoy Groys señala como algo que ya no es privado, sino que se ha vuelto objeto de discusión política tras la aparición de las grandes instituciones de cuidado. Esta identidad entre lo íntimo y lo público se expresa como nunca en las redes sociales como la búsqueda del reconocimiento como la forma de hoy del cuidado de sí en términos de autoprotección.

En definitiva, el texto proporciona un recorrido inusual por la historia del pensamiento a partir de esta noción que no se trata de manera explícita en los autores pero consigue, aún así, que en su totalidad adquiera un sentido que parece que ha estado siempre presente como línea de conexión aparentemente invisible. Así mismo, es una filosofía pensada en y desde el hoy; que visita la historia de la filosofía desde preocupaciones de nuestro presente. La aportación de Groys de elementos propios de sus estudios de la historia del arte y la teoría estética no hacen sino enriquecer su reflexión en torno al cuidado y elevarlo a una perspectiva diferente de cuya lectura se extraen reflexiones verdaderamente estimulantes.

MARÍA IRACHE CABELLO.